

Domingo 22 noviembre 2009
El Evangelio de Hoy

Jn 18,33-37

El que es de la verdad escucha mi voz

En el Evangelio de Juan el término "mundo" (en griego, "kosmos") se usa con frecuencia (78 veces). Adopta tres significados distintos. Significa, en primer lugar, aunque pocas veces, el universo o la tierra entera: «Padre -ora Jesús-... me has amado antes de la creación del mundo» (Jn 17,24); significa, en otras instancias, el conjunto del género humano: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único» (Jn 3,16); significa, por último, el conjunto de los hombres que están bajo el poder de las tinieblas, que se cierran a la Palabra de Dios y particularmente a la fe en Cristo: «El mundo me odia, porque doy testimonio de que sus obras son perversas» (Jn 7,7). La oposición entre Jesús y este mundo es radical. Los discípulos de Jesús sufren la misma oposición: «Si el mundo los odia, sepan que me ha odiado a mí antes que a ustedes» (Jn 15,18).

Este domingo, el último del año, en que celebramos la solemnidad de Cristo Rey del universo, se lee un episodio del Evangelio de Juan que presenta a Jesús ante el tribunal de Pilato entregado por su pueblo y los sumos sacerdotes que piden su condena a muerte. Es la culminación de ese Evangelio que en su conjunto se presenta como un proceso judicial entre Cristo y el mundo. En el plano de la historia superficial Jesús fue condenado a muerte y fue crucificado; pero en el plano profundo, en el plano del sentido, con ese hecho mismo, resultó condenado el mundo y derrotado su instigador, el Maligno, pues «el mundo entero yace en poder del Maligno» (1Jn 5,19). Se trata del mundo que rehúsa a Cristo.

En este proceso judicial Jesús tiene sus testigos: Juan el Bautista (Jn 1,7.19; 5,33), la Escritura (Jn 5,39), el Padre (Jn 8,18), sobre todo, el Espíritu de la verdad. Él deberá sostener a los discípulos en su conflicto con el mundo -de allí su nombre griego «parákletos»- y dar testimonio en el corazón de los discípulos a favor de Jesús: «El Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí» (Jn 15,26). Dirigiéndose al mundo opositor, Jesús declara: «Ustedes no pueden escuchar mi Palabra, porque ustedes son de su padre el diablo... éste no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él, cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,43-44). A éste Jesús lo llama «el príncipe de este mundo», porque tiene al mundo bajo su poder por medio del engaño.

Ahora podemos entender en qué sentido Jesús, estando ante Pilato como un acusado y condenado a muerte, reafirma su condición de Rey. En efecto, a la doble pregunta de Pilato: «¿Eres tú el Rey de los judíos?... ¿Luego, tú eres Rey?», Jesús responde: «Sí, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz».

Cristo reina en el corazón de los fieles que creen que él es la verdad y escuchan su voz. Son los que han recibido el Espíritu de la verdad, cuya venida Jesús promete diciendo: «El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho» (Jn 14,26). El Espíritu hará que las palabras de Jesús se hagan vida en los creyentes y lo reconozcan a él como Rey. A esto se refiere Jesús con la expresión: «Les recordará todo lo que les he dicho». Les recordará en particular su declaración solemne: «Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida» (Jn 14,6) . Pero precisamente esto es lo que el mundo no cree y, por eso, condena a Jesús. Y no cree, porque, como asegura Jesús: «El Espíritu de la verdad... el mundo no lo puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce» (Jn 14,17).

Al reconocer hoy a Cristo Rey damos testimonio de que él es la verdad y que el mundo está en la mentira, y damos prueba de que el Espíritu Santo está actuando en nuestro corazón: «El Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también ustedes darán testimonio de mí» (Jn 15,26-27). El testimonio del Espíritu tiene lugar en nuestro corazón; el testimonio nuestro tiene lugar ante los demás seres humanos.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles